«La oración del ateo», de Miguel de Unamuno: cómo leer un diálogo con quien quizá no existe

El título *La oración del ateo* parece una contradicción: ¿a quién puede dirigirse una oración si la voz del poema afirma que su destinatario no existe? Miguel de Unamuno aprovecha precisamente esa tensión. El soneto no cuenta una historia con personajes que entran y salen; dramatiza una conversación imposible entre un **yo que habla** y un **tú al que invoca y niega**.

El texto es el soneto XXXIX de *Rosario de sonetos líricos*, publicado en Madrid en 1911. Está fechado por el autor en Salamanca, el 26 de septiembre de 1910. Conviene leer la pieza íntegra antes del comentario: se puede consultar en la transcripción de la primera edición disponible en Wikisource. Aquí explicamos su recorrido con palabras propias, sin reproducir el poema completo.

Primera parte: negar y, sin embargo, pedir

En la primera estrofa, la voz poética llama a Dios y declara su inexistencia en la misma frase. No es un error que deba corregirse: la negación es la dificultad que hace necesaria la oración. El hablante se dirige a alguien como si pudiera escucharlo, pero sostiene que ese alguien carece de existencia.

El tratamiento en segunda persona crea proximidad. Frente a una afirmación fría como «Dios no existe», la apelación «tú» obliga a imaginar una relación, aunque sea una relación discutida. La voz habla de quejas, ruegos y consuelos; no presenta una demostración científica de una tesis. En vez de borrar al interlocutor, necesita mantenerlo presente en el lenguaje para discutir con él.

Segunda parte: la memoria vuelve cuando la idea se aleja

En el segundo cuarteto, la distancia mental no elimina el recuerdo de relatos consoladores. La voz sostiene que cuanto más se aleja el destinatario de su pensamiento, con más fuerza regresan las historias que mitigaron noches difíciles.

La paradoja aquí no es simplemente «creer y no creer a la vez». Es una experiencia de memoria: una persona puede dejar de aceptar una explicación y continuar sintiendo el efecto afectivo que tuvo. El lector no necesita atribuir esa emoción a la biografía exacta de Unamuno; basta atender a la voz construida por el poema.

Los tercetos: una grandeza que no cabe en la realidad

Al comenzar los tercetos, el hablante engrandece al destinatario y lo reduce al mismo tiempo a una idea. Si aquello que se nombra como Dios no puede entrar en los límites del mundo, la palabra «grandeza» funciona de modo extraño. La realidad parece demasiado estrecha para contener ese concepto, pero el poema no decide con ello que la existencia esté probada.

El cierre cambia de dirección: el dolor del yo ya no depende solo de la ausencia de ese tú, sino de la posibilidad de que **la existencia del destinatario hiciera plenamente real la del hablante**. La última inversión no responde «sí» o «no» a una pregunta religiosa; deja a la voz atrapada en el deseo de ser y en la imposibilidad de asegurarlo.

Quién habla, a quién y con qué palabras

Elemento	Función dentro del soneto	Cómo leerlo
«Yo», «mi», «me»	Marca la queja, la memoria y el sufrimiento del hablante.	Preguntar qué necesita quien habla, no solo qué afirma.
«Tú», «te», «tu»	Construye un interlocutor aunque se discuta su existencia.	Distinguir la apelación del asentimiento.
Ruego y queja	Ponen en escena una oración dirigida a alguien.	Leerlos como acciones verbales.
Negación e «Idea»	Limitan o contradicen lo que la invocación parece admitir.	Observar el choque entre el vocativo y la afirmación.
Condición final	Imagina una consecuencia para el propio yo si el tú existiera.	Reconocer una hipótesis, no una prueba factual.

Ejercicio de lectura. Escribe dos frases: una que exprese lo que la voz afirma acerca del destinatario y otra que indique por qué sigue hablándole. Evita usar «Unamuno creía…» a menos que hayas consultado documentos sobre su vida y sus ideas fuera del soneto.

Respuesta modelo: «La voz declara que el destinatario no existe, pero le habla como si pudiera escucharla. Mantiene ese diálogo porque los recuerdos, el deseo de consuelo y la pregunta por su propia existencia no desaparecen al formular una negación».

Voz poética y autor no son una sola persona

Unamuno escribió el poema; la voz que dice «yo» es una construcción literaria. Es posible relacionar la pieza con otros textos del autor, pero no deducir toda su vida religiosa de estos catorce versos. La distinción protege la lectura: permite observar cómo funciona el soneto incluso cuando los lectores sostienen convicciones diferentes.

En resumen: el poema inicia una oración que se contradice, continúa con una memoria que resiste al alejamiento y termina preguntando por la realidad del propio hablante. Los pronombres, las formas de llamada y la condición final son las pistas para seguir su movimiento.

Texto original: Miguel de Unamuno, «La oración del ateo», soneto XXXIX, *Rosario de sonetos líricos* (Madrid, Imprenta Española, 1911). Transcripción vinculada a la edición histórica: https://es.wikisource.org/wiki/La_oraci%C3%B3n_del_ateo . Índice del volumen: https://es.wikisource.org/wiki/Rosario_de_sonetos_l%C3%ADricos